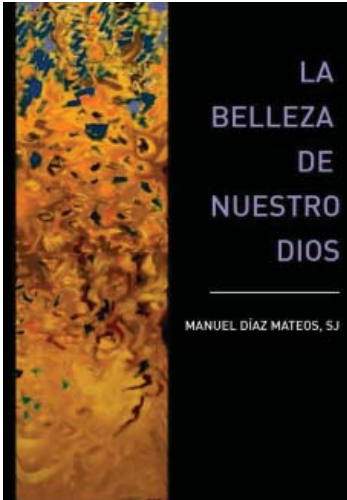


**LA BELLEZA DE NUESTRO
DIOS,
DE MANUEL DÍAZ MATEOS, S. J.**

Juan Carlos Díaz
Universidad Antonio Ruiz de
Montoya
juancarlos.diaz@uarm.pe



La belleza de nuestro Dios, de Manuel Díaz Mateos, S. J.

ISBN: 9786124260117

Lima: Centro de Estudios y Publicaciones, Instituto Bartolomé de las Casas, Universidad Antonio Ruiz de Montoya

Año: 2016, 133 pp.

Aunque Manuel Díaz Mateos no invoca a las musas y hace una clara opción por la poética bíblica, puede afirmarse, sin embargo, que este libro —acaso el último que entrega— está escrito musicalmente. La música es, según una definición tradicional, el arte de organizar lógica y sensiblemente una combinación coherente de sonidos y silencios utilizando los principios fundamentales de la melodía y la armonía, es decir, aquello que se puede oír y aquello que, por el contrario, se siente pero no se escucha, o se percibe muy tenuemente. Oír musicalmente bien puede ser la entrada a una forma distinta de escuchar y repensar la obra de este maestro jesuita.

La belleza de nuestro Dios tiene, pues, melodía y armonía. Por un lado, Díaz Mateos propone una sucesión de textos breves, uno tras otro, para meditar la belleza de Dios de modo que los lectores puedan “aprender a mirar la realidad con mirada contemplativa” (p. 30). Pero

esa *mirada* “desde la sensibilidad interior” es también *escucha*. Por otro lado, como contando un secreto, su voz le susurra al lector con varias anotaciones o referencias a otros textos suyos. Este libro es, pues, una invitación a la *contemplación activa* de quien ha vivido intensamente y hoy plantea el desafío de “transmitir la belleza y la alegría de creer” (p. 125) en el Dios de la Vida.

De esa forma, el autor se inscribe en la tradición del cultivo de la escucha que hunde sus raíces en la historia de Occidente. Escuchar no es el simple oír, percibir lo sonoro, sino alejarse de sí para ir hacia lo otro, no para dominarlo, sino para dejarlo hablar. Escuchar se halla en conexión esencial con la sabiduría. Por eso, Díaz Mateos invita a salir, a contemplar, a “buscar para encontrar” (p. 50) y recuperar, no la verdad o el bien, a solas o a secas, sino la belleza.

Hace casi 60 años, Hans Urs von Balthasar contestó afirmativamente a la pregunta sobre

la posibilidad de insertar la categoría de la belleza en la teología. En su monumental *Gloria* (1985), hizo el esfuerzo de presentar la teología cristiana a la luz de la belleza. Dicho de otra forma, consideró la belleza como punto de partida para leer el acontecimiento de la revelación: si Cristo es la imagen visible del Dios invisible, la figura luminosa por excelencia de lo bello se hace objeto de la teología. Además, decía von Balthasar, no ha existido ni puede existir ninguna teología intrínsecamente fecunda que no haya sido expresamente concebida y dada a luz bajo el signo de lo bello y de la gracia. Así, el texto de Díaz Mateos se inscribe en este horizonte no solo por la temática —el abordaje de la belleza— sino, sobre todo, por la afirmación que se acaba de señalar: el itinerario que propone en el texto es fruto de una vida intensa y a la vez meditada, de acogida, de búsqueda y desde allí es fruto de una reflexión —una teología— fecunda, concebida bajo el signo de lo bello y

de la gracia de una espiritualidad, así como de una vivencia provocadora y testimonial de la fe.

El texto tiene una organización sencilla. El capítulo 1, “Preludio a la belleza”, preparará al lector para *ejercitarlo en la búsqueda*. No estará ante un prólogo, esto es, un discurso antes del discurso, sino ante la *experiencia* de la Buena Noticia del cuidado de Dios por el ser humano que, sin embargo, antes de preocuparse por *el cuidado* ha prestado atención a ciertas imágenes de Dios que no han hecho sino distorsionar y hacer prevalecer espectros de un dios “monstruo castigador” (p. 44) ajeno a la ternura y la misericordia.

El capítulo 2, titulado “En busca de la belleza”, describirá el itinerario a seguir. Esta búsqueda se remite “al testimonio de la Escritura” (p. 57) para potenciar, uniendo sentimiento y reflexión, una “inteligencia sentiente” (p. 58) que ayude a experimentar con todos los sentidos este “camino

de conocimiento” (p. 58). Dicho esto, el capítulo desarrolla la idea de que la belleza no es intelectual sino emocionante, o que es impensable pensar o meditar la belleza escindida de la historia humana hasta desembocar en la siguiente afirmación: “(...) preguntarnos por la belleza nos sitúa en la condición ineludible de eliminar los muros artificiales de la teorización teológica que nos siguen separando del mundo” (p. 66). No hay que equivocarse, Díaz Mateos está diciendo que *mirar y oír* contemplativamente significa asumir una actitud activa y relacional: desde la belleza se puede volver a mirar la realidad para transformarla con acciones que embellecen, sin tregua, frente a las tristezas o la maldad que habitan también el mundo.

El capítulo 3, “La belleza a la luz de la Biblia”, el más importante, presenta “algunos rasgos” (p. 74) de la belleza de Dios. Aquí, Díaz Mateos se sumerge con carácter sutilmente normativo en

un repertorio bíblico que expresa “situaciones de belleza en las que debemos vivir” (p. 75) si realmente el cristiano quiere ser reconocido como tal. Este repertorio se inicia con la experiencia del “Creador de la belleza” (pp. 75-88), en particular, en sus rasgos de justicia y misericordia; de allí se deriva “La belleza de la creación” (pp. 88-96). A esta última le sigue “La belleza de una imagen: el ser humano” (pp. 86-112), belleza que es humana —sagrada— en tanto es *libre, fraterna y solidaria*. En esta sección, al mismo tiempo que se medita, es capaz de sumergir, acaso como susurros del autor, en señales dejadas en textos previos. Huelga decir que esto es la expresión más viva de un pensamiento y una vida de fe fértil. Sin ánimo de exhaustividad, se revisará este repertorio tripartito y se identificará algunas de dichas referencias.

En el primero se destacan los rasgos de justicia y misericordia del “Creador de la belleza”. Esta sección recuerda a textos como *El Dios que*

libera (1985), *La solidaridad de Dios* (1996) y *La Justicia que brota de la fe* (2012). En estos textos, Díaz Mateos había insistido en, por lo menos, dos asuntos. El primer asunto se refirió a la centralidad de la revelación bíblica: el corazón de Dios abierto a los hombres le orienta a hablar y actuar en la historia por medio de su palabra y en lenguaje humano. La palabra no solo revela verdades, sino que une personas en comunión y amistad. El segundo asunto vino a ser el error que se ha cometido al separar la fe de la vida porque de lo que se trata es de cambiar la vida por la fuerza de la fe. El error radica en silenciar la palabra, en distorsionar el plan de Dios.

En el segundo, “La belleza de la creación”, el análisis del Génesis conduce a la reflexión sobre la relación Creador-creatura: las reflexiones en el Génesis son sobre el hombre objeto del *pathos* de Dios, que disfruta, contempla, y gusta de y con su creación (p. 94). Según esta mirada, el Creador ha creado no por

necesidad, sino con y en libertad. La oferta de la creación es además creativa: se ha entregado inacabada. Esto remite a otro aspecto de la creación. La Alianza de Dios con el hombre es, en efecto, expresión de esa oferta inacabada. Dios se comunica con su creatura para que se haga cargo de lo ofrecido, para que lo cuide. El ser humano es el ser abierto a la producción creadora, creativa, para bien de sí y de los demás.

El último apartado considerado en este repertorio, “La belleza del ser humano”, evoca publicaciones como *Imágenes de Dios y dignidad humana* (2002), en que destacan el texto que da título al libro, y “Tan humano, sólo Dios” (aporte publicado en la revista *Páginas* N. 169, en el 2001). Ambos textos recuerdan que, como se ha advertido en el apartado previo, el lector no se encontrará ante la afirmación de la autosuficiencia del hombre. Lo divino no se opone a lo humano sino a lo inhumano. Para el cristiano,

Dios y el hombre no son opuestos e irreconciliables desde que confiesa a Cristo como perfecto Dios y perfecto hombre. Por eso, en el mundo contemporáneo la afirmación de lo humano, es —debiera ser— en primer lugar, signo de protesta ante condiciones inhumanas que sufren miles de personas y que deshumanizan a todos. Libertad, solidaridad, fraternidad, esperanza y alegría, humanizan a todos y bien pueden ser antídotos para el mundo y sus temores, y acaso también antídoto para la Iglesia, que tiene que enfrentar cada día, como denuncia el Documento de Aparecida, esa apariencia de normalidad que, en realidad, desgasta la fe y es caldo de cultivo de mezquindad. La belleza del ser humano no es otra cosa, dice Díaz Mateos, que tomar en serio al hombre, como lo hace Dios.

El libro cierra, finalmente, con seis provocadoras conclusiones que el lector tendrá que meditar. Para terminar esta reseña, se hará memoria de una idea fundamental

del itinerario recorrido: la contemplación activa y la escucha sugeridas empiezan al cerrar el libro. En medio de un mundo seducido por aquello que no es signo del Reino, toca a los creyentes ser testigos de la Belleza, del Bien y la Verdad que los hace más libres, más humanos. Es el tiempo de dar testimonio de la experiencia cristiana con ese “alguien que nos espera para un encuentro” (p. 110). Para que la experiencia creyente de la belleza, para que la experiencia cristiana no se desgaste, se necesita, en fin, recuperar la alegría de ser cristianos, cambiar el corazón de piedra por uno de carne, para que en él habite la belleza.

No es posible, tampoco, cerrar esta reseña sin dedicar unas palabras a quien contribuyó a la aparición del libro: el jesuita y artista plástico José Francisco Navarro, desaparecido recientemente y demasiado pronto. Siempre exploró las interrelaciones entre pintura, literatura y teología como signos de

esperanza y vehículos para sondear la belleza. El P. Navarro impulsó *Por el camino de la belleza*, un proyecto con el que intentó diseñar un espacio de encuentro entre el arte y la espiritualidad y que vio la luz con muestras como “Viaje por las Tierras de Arguedas, Rulfo y Guimarães Rosa” (Galería Pancho Fierro en el 2010) o “Apocalipsis 21” (Museo Pedro de Osma en el 2013). Contó Navarro que fue él quien pidió a Díaz Mateos indagar en la Palabra de Dios sobre el tema que dio como resultado el libro presentado.